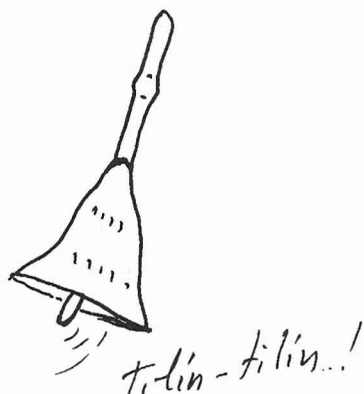


# La Campanilla



Cuatro niños corren bajando la cuesta del altollano, en sus manos al pasar por la esquina del Pilar, al lado de la plaza del mercado, la única farola intacta refleja lo que llevan en las manos: Varios botes de hoja de lata.

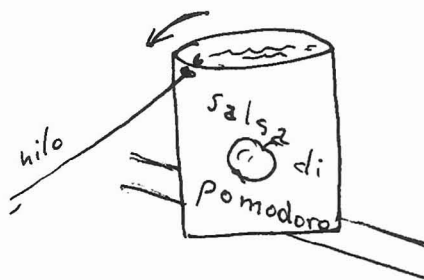
Cae la noche en las calles de Maranchón, mal iluminadas y peor pavimentadas, la tarde larga de verano llega a su fin y los cuatro niños, preparan sus juegos nocturnos. Al lado de la posada, casi donde comienza la calle Real, hay una ventana perfecta para sus planes. Corren calle abajo hacia la Fuente Vieja, rápidamente llenan los botes de agua y de nuevo emprenden veloz carrera hacia la ventana.

Uno de ellos con técnica casi "guerrillera" coloca el bote; ata una cuerda en torno de él y luego la va bajando y la ata a una piedra al borde roto de la acera, el hilo es inapreciable a simple vista.

Otro de ellos, gordete y con gafas, corre por la calle Real y a la altura del Cine repite la operación, los dos restantes uno rubio ya con poco pelo y alto recibe un grito del otro, un niño moreno. "Date prisa" tiene un fuerte acento maño, corren hacia la plazuela y enfrente del horno repiten la operación. Al cabo de unos instantes los cuatro se reúnen de nuevo en la Plaza del Mercado. Dando risas se cruzan con los pocos viandantes que a esas horas recorren las calles, suben hasta la barbacana de la plaza y allí se tumban, intentan

vigilar por todas las direcciones de la llegada de algún curioso.

Tras unos minutos de espera se oye el sonido de una campanilla acompañado de murmullos de rezos. En unos instantes aparecen unas figuras, en su mayoría mujeres, acompañados de Don Pedro, el cura de Maranchón, siguiendo a una enorme campanilla que con aire solemne una mujer, ya mayor, hace sonar cada cierto tiempo. La procesión de las ánimas del purgatorio, que todos los días se rezaba en aquella época.



Los cuatro niños contienen la respiración, se pegan al suelo y esperan, la primera figura llega a la altura de la ventana, el hilo se tensa y el bote vertiendo su contenido cae sobre la mujer que suelta un grito.

¡Cuidado!, Grita otra mujer, ¡Hay un bote!. La procesión sigue su caminar con alguna pequeña imprecación de ¡Gamberros!.

Cuando la comitiva ha pasado, los cuatro niños se levanta y corriendo por la calle de la Iglesia llegan al siguiente punto de observación. La historia se repite en los cuatro puntos desde donde observan las diferentes reacciones. Desde la primera trampa se ha abierto una lucha entre los dos grupos, en el de la campanilla, una mujer avanza escrutando en la oscuridad, el hilo delator o el bote en la ventana, avisando al grupo de la posibilidad de otra trampa.

El de los niños expectantes de que su hazaña no quede machacada en la calle y su ingenio sea recom-

pensado por otro grito, u otro epíteto que señale el éxito de la trampa.

Por fin la comitiva se introduce en la iglesia. Los cuatro niños corriendo llegan a la alameda y se tumban sobre la yerba. Gritando y riendo reviven los momentos.

La batalla ha sido incruenta, los dos ejércitos regresan a sus cuarteles, mañana, quizá, se abra otra batalla, o si no, pasado. Tal vez mañana la batalla será contra los gatos, o contra los renacuajos de la Laguna de los Arenales.

Pero todas son batallas importantes en esa infancia. Nos va la madurez en ellas. Si las pierdes jamas crecerás.

Las estrellas siguen iluminando ese lugar de la estepa castellana. Tal vez alguien en aquellas noches se fue ofendido. Pido perdón por ello. Pero aquellos cuatro niños, como otros muchos, siguen recordando la campanilla. Siguen recordando Maranchón. Su pueblo.

José María Sacristán Martínez

